

CUADERNOS
DE HORIZONTE

Viaje a China

MARCO POLO

EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE
MAURO ARMIÑO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Sumario

PRÓLOGO ... 9

Viaje a China

LXXVI ... 21	XCVI ... 77
LXXVII ... 21	XCVII ... 80
LXXVIII ... 24	XCVIII ... 84
LXXIX ... 26	XCIX ... 87
LXXX ... 29	C ... 94
LXXXI ... 31	CI ... 95
LXXXII ... 37	CII ... 96
LXXXIII ... 40	CIII ... 96
LXXXIV ... 41	CIV ... 97
LXXXV ... 46	CV ... 98
LXXXVI ... 55	CVI ... 106
LXXXVII ... 60	CVII ... 107
LXXXVIII ... 61	CVIII ... 109
LXXXIX ... 62	CIX ... 110
XC ... 65	CX ... 112
XCI ... 66	CXI ... 116
XCII ... 67	CXII ... 117
XCIII ... 68	CXIII ... 118
XCIV ... 70	CXIV ... 119
XCV ... 76	CXV ... 120

CXVI ... 122	CXXXVIII ... 171
CXVII ... 127	CXXXIX ... 172
CXVIII ... 128	CXL ... 174
CXIX ... 133	CXLI ... 179
CXX ... 135	CXLII ... 179
CXXI ... 140	CXLIII ... 180
CXXII ... 145	CXLIV ... 181
CXXIII ... 147	CXLV ... 182
CXXIV ... 149	CXLVI ... 182
CXXV ... 151	CXLVII ... 183
CXXVI ... 152	CXLVIII ... 186
CXXVII ... 155	CXLIX ... 189
CXXVIII ... 156	CL ... 190
CXXIX ... 157	CLI ... 191
CXXX ... 158	CLII ... 192
CXXXI ... 159	CLIII ... 194
CXXXII ... 161	CLIV ... 214
CXXXIII ... 162	CLV ... 217
CXXXIV ... 163	CLVI ... 220
CXXXV ... 163	CLVII ... 222
CXXXVI ... 169	CLVIII ... 228
CXXXVII ... 170	

PRÓLOGO

El viaje de Marco Polo a los confines del continente asiático fue la mayor aventura fabulosa, desde el punto de vista individual, de la Edad Media. Y la calificamos de fabulosa porque de «fábula», cuando no de invención embustera, la trataron los contemporáneos cuando leyeron *Il Milione*, que el aventurero Polo habría dictado al escritor Rustichello de Pisa; ambos compartían cárcel en Génova como secuela de las guerras entre las repúblicas de Pisa, Venecia y Génova por el dominio comercial del mar. Rustichello había sido encarcelado al parecer tras la batalla de la Meloria (6 de agosto de 1284), que puso fin al poderío marítimo de Pisa; y Marco Polo, tras la derrota naval veneciana en la isla de Curzola, en septiembre de 1298. Después de este año no se conocen datos de Rustichello, ni siquiera la fecha de su muerte. Antes de escribir las palabras con que Polo le narró su estancia allende los confines de la Europa medieval, había escrito un *Roman de Roi Artus* (también titulada *Compilation*), que «tradujo sus historias en los tiempos en que él [Eduardo I de Inglaterra, rey de 1272 a 1307] había pasado a ultramar para conquistar el Santo Sepulcro», durante la novena cruzada dirigida por el rey francés Luis IX; es decir, entre los años sesenta y setenta, escribió su libro en francés antiguo o en dialecto franco-veneto, para seguir el ciclo artúrico —tan apreciado en las cortes europeas—, con alguna interpolación, como

el romance de Palamedes el Sarraceno o la historia de los Caballeros de la Mesa Redonda; la leyenda del rey Arturo se difundió por la Europa medieval en lengua francesa, inglesa, italiana, española, griega... No es de extrañar que en el relato del veneciano Polo abunden las reminiscencias literarias extraídas de los cantares de gesta y de las novelas cortesas que Rustichello conocía y amaba, por lo que se desprende de su *Roman de Roi Artus*: por ejemplo, la presencia constante de Alejandro Magno en el relato por su condición de rey de los dos mundos, de Oriente y de Occidente, al lado de la leyenda del Árbol Seco o Árbol Solitario, para Europa esas tierras suponían el confín del mundo conocido que Bizancio había convertido, a través del libro bíblico de Daniel, en símbolo de la victoria final contra los infieles.

10 Hubo discrepancias entre ambos «autores»: Marco quería trasladar de forma escueta lo que había visto, retrayéndose incluso al contar ciertas maravillas por temor a no ser creído, según el escritor Giovanni Battista Ramusio (1485-1557), primer biógrafo de Polo. En la hora de su muerte, el viajero veneciano afirmaba no haber contado ni la mitad de las cosas extraordinarias de las que había sido testigo. Por otro lado, tras salir de la cárcel, Polo corrigió o revisó su texto, porque en él se encuentran sucesos ocurridos en China con posterioridad a 1299.

Marco Polo (1254-1324) tuvo guías en su viaje: su padre Nicolò de Andrea y su tío Matteo, nobles comerciantes, ya se habían instalado en Soldaia (la actual Sudac, en Crimea) a finales de los años cincuenta; probablemente en 1260-1261 se dirigieron hacia la corte de Kublai (o Kubilai), el gran Khan de los mongoles cuyo

imperio se extendía desde China hasta el Volga. En 1269, estaban de regreso en Venecia, pero ese mundo oriental había fascinado a los dos hermanos, que prepararon un nuevo viaje; en la primavera de 1271, partieron de nuevo llevándose esta vez al joven hijo de Nicolò, Marco, de apenas diecisiete años. No volverán sino veinticuatro años después. De la vida de Marco tenemos pocos datos —que no sean o estén novelados—, al margen de su extraordinario viaje y de su prisión en Génova; tras regresar de China, se casó con una mujer llamada Donata, con quien tuvo tres hijas, Bellela, Marietta y Fantina; y en 1307 ofreció una copia de su libro a un enviado de Carlos de Valois, hermano del rey de Francia.

Esas memorias, publicadas con distintos títulos —*Le deviselement du monde* (*La descripción del mundo*, título del manuscrito francés más antiguo), *Il Milione*, *Libro de las maravillas*—, son, ante todo, recuerdos y apuntaciones sobre las tierras recorridas, más que testimonio de actividades propias. Marco se convierte en testigo de lo que refiere, no en protagonista, salvo en contadas ocasiones. Parece cierto que, hacia 1277-1278, fue enviado con una misión al Yunnán, que se encontraba en Cambaluc (Pequín, actual Beijing), durante la sublevación que puso fin a la vida del ministro de Fianzas de Kublai en 1282; que durante tres años desempeñó un alto cargo no bien especificado, relacionado probablemente con la recaudación de impuestos en Yangzhú; que hacia 1284 participó en una embajada a Ceilán y, cuatro o cinco años más tarde, en una nueva misión al reino de Champá. El último acto oficial de Marco Polo —también de su padre y su tío— supondrá al mismo tiempo el regreso a Venecia: poco después de que los

Polo abandonen los puestos burocráticos que ocupaban, Kublai les permite regresar a Venecia haciendo un último servicio : acompañar el envío al Khan Argón de Persia de una joven para esposa. Viaje peligroso por las luchas intestinas que en el centro de Asia enfrentan constantemente a los descendientes de Gengis Khan (h. 1162-1227), fundador del imperio mongol, por lo que deben utilizar, dando un rodeo, los mares del sur que Marco conocía de anteriores embajadas. Ese viaje de regreso duró tres largos años, con paradas de cinco meses en alguna ocasión (en Sumatra) y enfermedades que diezmaron casi por completo a sus compañeros de navegación.

Aunque, como hemos dicho, Polo se oculta continuamente en su libro como actor, recabando para sí únicamente el título de testigo de hechos que resultaron maravillosos, si no mendaces e inventados, para sus contemporáneos. Del *Libro de las maravillas* pueden tomarse deducciones que nos acercan al personaje de carne y hueso, aunque no dispongamos de pruebas documentales. El primer rasgo, y que con más insistencia aparece en su libro, es el de su oficio: mercader, comerciante; los Polo pertenecían a la serie de mercaderes de Venecia, el país más agresivo en ese momento como punta de lanza comercial de Europa. Cuando visita una ciudad, rara vez la describe como urbe; cuatro rasgos le bastan para eso, mientras que, en todas, se extiende sobre sus productos comerciales, sus trabajos, la especialidad de tejidos o minerales que concentra su actividad. A veces parece que nos encontramos ante la agenda de un mercader que anota para sus compañeros de profesión lo que pueden encontrar a su paso: una guía de

distancias, productos, dificultades de los caminos, peligros que pueden asaltar las caravanas, existencia o ausencia de lugares de refugio y descanso, provisiones que deben llevarse o que no son precisas, el carácter abierto o cerrado de los naturales de la región, etc. Y en especial los productos textiles: la seda, las clases de paños y tejidos, de brocados y algodones que pueden comprarse con beneficio por su calidad en Venecia. Telas, sederías, piedras preciosas, minerales (algunos desconocidos en Europa), además de especias como el jengibre, el almizcle, la canela, el ámbar gris, el clavo, el incienso, el alcanfor, las maderas de áloe; en resumen, todo lo que podía ser objeto de compra y venta en Europa.

Además de estos intereses comerciales, en el libro aparecen otros de carácter personal, que convierten a Polo a nuestros ojos en un apasionado por la caza, en un aficionado a los cuentos y leyendas, en un fino observador de las costumbres, en un admirador del sexo femenino, en un hombre al que impresionan ciertos paisajes y situaciones, como los vastos espacios silenciosos del Pamir, los verdes valle de Afganistán o las noches en los contrafuertes del Tíbet. También vemos en él a un amante de las rarezas, de las «maravillas»: la caza de fieras, la «pesca» de perlas, como él la llama, en Ceilán; su curiosidad por el mundo religioso lo lleva a evocar con precisión los usos del budismo, sus ritos y cultos, los ídolos negros y los ídolos blancos de los templos hindúes; en materia de creencias, Polo se muestra escéptico después de haber visto tantas religiones, tan variadas y tan dispares, incluso tan opuestas, en sus prescripciones y mandamientos. Otra de sus grandes pasiones es la relación de las costumbres de los pueblos por los que

pasa, y que refiere como admirador de las diferencias del género humano: las mujeres que usan pantalones del Badajés; los anillos que llevan los hombres de Pasesi; la incineración de los muertos y los usos funerarios; los ritos de alumbramiento en el Yunnan, en el suroeste de China, en los que el marido se mete en cama durante la cuarentena mientras la esposa se levanta nada más dar a luz y reanuda sus labores domésticas; los baños para cientos de persona; el tatuaje de los cuerpos en Indochina; la monta de los elefantes en Zanzíbar, y los viajes en trineo de Siberia. También retrata las cacerías del Gran Khan y sus cortesanos, una pasión que Polo comparte y que el lector percibe enseguida, hasta casi palpase, como la cacería de tigres, o la descripción de la jirafa, de halcones, gerifaltes, águilas, rinocerontes, cocodrilos, tratando de convertir esos animales desconocidos para Europa en un diseño real, como hombre que ha visto tales «maravillas» con sus propios ojos, y las está contando a «incrédulos».

El segundo plano que surge con nitidez de la lectura es el de un Polo fascinado por el mundo de los Khanes, por los mongoles y los chinos, por los cuentos y leyendas que oyó y que a veces vivió. Por un lado, rechaza las leyendas medievales de Europa, como la del unicornio amansado por la doncella (él ha visto al verdadero unicornio: el rinoceronte, que no concuerda con esas características míticas). Por otro lado, acepta leyendas que ya aparecerían en los cuentos más fabulosos de Oriente, en *Simbad el Marino* y en *Las mil y una noches*: la historia del pájaro llamado *rokh* (roc), gigantesca ave de rapiña cuyo origen se remonta a la mitología persa; las águilas y los halcones utilizados en la «caza»

de diamantes; los palacios construidos totalmente en oro de Cipango (Japón), que veremos reflejarse en el *Diario* de Cristóbal Colon, donde aparece ese oro como meta de su viaje. También refiere leyendas occidentales y orientales: entre ellas la del Preste Juan (emperador de un reino imaginario situado entre Mongolia y el Tíbet), la del Viejo de la Montaña y su secta de los «asesinos», que Europa conocería a través de Polo y que influiría con fuerza en la literatura francesa (Baudelaire, por ejemplo, en *Los paraísos artificiales*).

Al lado de estos testimonios vistos u oídos, las lagunas; el veneciano no dejaba de ser un hombre de su época, medieval y occidental: hay temas que vio, que tocó prácticamente con la mano y que no despertaron su interés, lo cual parece demostrar su ausencia en el relato. Apenas si habla de la agricultura china, tan distinta de la europea; no menciona el té, cultivado abundantemente en la provincia en que estuvo como recaudador de impuestos; ni habla del sistema de pesca de los chinos con la ayuda del pájaro cormorán; ni alude a los pies vendados con mucho dolor, hasta el punto de romperse los dedos al atarlos a la planta del pie, de las chinas, que un viajero y misionero franciscano, Odorico de Pordenone (1263-1331), ve treinta y cinco años después. Tampoco menciona algo que revolucionaría dos siglos más tarde el mundo occidental: la imprenta, inventada hacía cuatro siglos por los chinos, aunque al hablar del papel moneda podía haberlo hecho. Más incompresible resulta que a un comerciante, pese a las operaciones comerciales que debió realizar en los veinticuatro años de su estancia en China, el papel-moneda le pareciese «alquimia». Acostumbrado como estaba